

1

Estuve en un tris de no subirme al transbordador.

Estaba asustada. Y nerviosa. Y agobiada, porque me sentía completamente fuera de lugar entre la multitud de jóvenes que se precipitaban hacia el barco con destino a Nueva York.

No solo a Nueva York, sino a la ciudad de Nueva York en Nochevieja. De solo pensarlo, me sudaban las manos y sentía un hormigueo en los pies, como la única vez que subí a lo alto del Empire State Building y traté de mirar hacia abajo. En las inmortales palabras de mi hija Diana: me entró dolor de pito.

Me habría dado media vuelta y habría regresado en coche directa a la seguridad de mi casa de las afueras («siempre puedo ver caer la bola por la tele»), solo que no podía dejar a Maggie plantada en el muelle helado del centro de Manhattan. Maggie, mi amiga de toda la vida y la más íntima aún, no creía en los móviles. Tampoco creía en los ordenadores ni en los coches, ni en pasar la Nochevieja en Nueva Jersey ni, ya puestos, en estar siquiera en Nueva Jersey. Maggie, que a los dieciséis salió del armario y les dijo a sus padres ultracatólicos que era lesbiana, y que se ganaba la vida como artista, no creía en hacer nada por la vía fácil. De modo que no podía cancelar nuestra noche de marcha y no tenía más remedio que seguir avanzando hacia mi desastre potencial.

Por lo menos era la primera de la cola para el siguiente barco. Hacía un frío gélido aquella noche, pero reivindicé mi lugar de honor agarrada a la barrera para impedir que nadie se me pusiera delante. Sabía que este tipo de chicos bien de las zonas residenciales de los suburbios que deambulaban por el muelle junto a mí eran especialistas en colarse desde la guardería.

Entonces ocurrió algo curioso. Cuanto más rato pasaba allí, vigilando mi territorio, más ganas me entraban de ir a la ciudad; no solo por Maggie, sino por mí misma. Alargué la vista más allá del agua oscura hacia las centelleantes luces de Manhattan y empecé a pensar que Maggie tenía razón, y que ir a Nueva York en Nochevieja era justo lo que necesitaba. «Haz cambios», me decía. «Haz algo que no hayas hecho nunca.» ¿O es que haberlo hecho todo siempre de la misma forma, con prudencia, teóricamente con sensatez, no me había colocado precisamente en el epicentro de mi actual caos? Así era, y nadie deseaba que eso cambiara tanto como yo.

De modo que cuando abrieron la barrera para subir al transbordador, eché a correr. Estaba decidida a ser la primera en llegar a lo alto de la escalera, a llegar antes que todos los demás a la parte delantera de la cubierta, donde podría ver Nueva York deslizándose ante mi vista. Los oía a todos pisándome los talones mientras corría, pero fui la primera en salir por la puerta y llegar a la proa del barco, y me agarré a la barandilla metálica, sujetándome fuerte mientras procuraba recuperar el aliento. El motor del transbordador se encendió con un rugido, su olor a diésel imponiéndose sobre la salinidad del puerto, pero aun así llené mis pulmones de aire mientras nos alejábamos del muelle a sacudidas. Aquí estoy, pensé. Viva y avanzando, en una noche en la que puede pasar de todo.

En ese momento caí en la cuenta de que era la única que estaba allí fuera. Todos los demás estaban embutidos en la cabina acristalada; el conjunto de sus alientos empañaba los cristales. Por lo visto yo era la única que no se amilanaba por un poco de frío, un poco de viento, un poco de rocío helado (está bien, un *montón* de rocío helado) mientras el barco surcaba las olas dando sacudidas como un toro mecánico. Merecía la pena, suponiendo que no me tirase a las oscuras aguas, porque la vista de la verde y resplandeciente Estatua de la Libertad y los rascacielos centelleantes era increíble.

Cuando me agarré aún con más fuerza a la barandilla, felicitándome por mi asombrosa valentía, el barco aminoró la marcha y me dio la impresión de que se paraba allí en medio del puerto, su estrepitoso motor al ralentí. Justo cuando empezaba a preguntarme si estábamos a punto de hundirnos o de hacer un descanso en alta mar a manos de un capitán renegado que huía de la ley, el barco empezó a retroceder. A retroceder y a virar. ¿Estaríamos volviendo a Nueva Jersey? A lo mejor Manhattan en Nochevieja le suscitaba al capitán los mismos celos que a mí.

Pero no. Nada más virar empezó de nuevo a avanzar hacia la ciudad y no me dejó de cara a la vista espectacular de Manhattan, sino al enorme reloj y el destartalado muelle de Hoboken, y a una Nueva Jersey al fondo, en la más absoluta penumbra. Desesperada, miré de reojo hacia la iluminada y confortable cabina, que ahora tenía las mejores vistas de Nueva York, pero estaba tan abarrotada que habría sido imposible apretujarse dentro. Estaba condenada a pasar frío, completamente sola. La historia de mi vida.

Media hora después renqueaba por las calles del Soho del brazo de Maggie, renegando de la vanidad que me había llevado a ponerme tacones altos y fantaseando con la idea de quitarle a mi amiga sus botas de cordones verdes, de aspecto cómodo. Maggie andaba a mi lado con aire resuelto y ropa muy cómoda: unos tejanos de corte recto, un abrigo de plumas grande como un saco de dormir y una gorra de cazador de estampado de leopardo con las orejeras bajadas y un lazo de terciopelo atado bajo el mentón.

—¿Falta mucho? —pregunté, los zapatos estrujándome los dedos.

—¡Ven! —me instó ella, tirando de mí para dejar la abarrotada acera de West Broadway y torcer por una calle lateral oscura y solitaria—. Por aquí iremos más deprisa.

Me detuve, mirando alarmada la calle desierta.

—Nos violarán.

—No seas miedica. —Maggie se rio y tiró de mí.

Para ella era muy fácil decirlo: se había mudado al Lower East Side a los dieciocho, en la época en que Ratner aún servía blinis y los adictos al *crack* acampaban en el hueco de su escalera. Ahora era la dueña del edificio y había convertido toda la planta superior en un estudio donde vivía y trabajaba en sus esculturas, mujeres descomunales de alambre y tul que saltaban y hacían piruetas. Todos aquellos años sola en Nueva York habían curtido a Maggie, mientras que yo seguía siendo la madre blandengue acomodada, protegida por el dinero de mi marido, o, debería decir, el exdinero de mi inminente exmarido.

El corazón me aporreaba los oídos mientras Maggie me arrasaba por la calle oscura, aminorando la marcha solo levemente cuando reparé en el único rayo de luz de toda la manzana, que, por alguna extraña razón, parecía ser rosa. Al llegar al escaparate del que emanaba la luz, entendimos por qué: en la ventana había un luminoso letrero rosa de neón que rezaba «Madame Aurora». El resplandor era realzado por una cortina de cuentas de cristal rosas y naranjas que cubría la ventana, filtrando la luz del interior de la tienda. Tras la cuentas vislumbramos a una mujer que no podía ser otra que la propia madame Aurora, con un turbante dorado haciendo equilibrios sobre su pelo canoso, las volutas de humo saliendo del cigarrillo tembloroso de sus labios. De repente nos miró fijamente y nos hizo señas. Enganchado a la ventana con cinta adhesiva había un cartel escrito a mano: «Deseos para el año nuevo, 25 dólares».

—Entremos —le dije a Maggie. Las concesiones de deseos y las adivinaciones de toda índole habían sido siempre mi debilidad, de modo que la combinación de ambas era irresistible. Además, quería guarecerme y descansar los pies, por poco rato que fuera.

Maggie hizo una mueca, puso su cara de «estás zumbada».

—¡Venga! —insistí—. Será divertido.

—Una comida fabulosa es divertida —comentó—, besar a al-

guien por quien estás colada es divertido, malgastar el dinero en charlatanes no es nada divertido.

—¡Venga...! —Quise camelármela, como hacía cuando le llamaba por teléfono para leerle un horóscopo especialmente bueno o le proponía que pidiese conmigo un deseo a una estrella—. Eres tú la que me ha dicho que debería empezar a asumir más riesgos.

Maggie tardó tanto en decidirse que me atreví a dar un paso adelante y empujar la puerta de madame Aurora, con lo que se vio obligada a seguirme.

En la sala hacía calor y estaba llena de humo. Agité las manos frente a mi cara en un intento por mostrarle a madame Aurora mi desagrado, pero por lo visto eso solo le animó a dar una calada más larga a su cigarrillo y exhalar luego una columna de humo apuntando directamente a mi rostro.

Miré con inseguridad a Maggie, quien se limitó a encogerse de hombros y se negó a mirarme a los ojos. Era yo la que la había arrastrado ahí dentro y ella no estaba por la labor de sacarnos.

—A ver, cariño —dijo la madame, sacándose por fin el cigarrillo de la boca—. ¿Cuál es tu deseo?

¿Que cuál era mi deseo? No esperaba que me hiciera la gran pregunta así, a bocajarro. Pensé que habría cierto preámbulo, que me examinaría un segundo la palma de la mano, barajaría las cartas del tarot y esa clase de cosas.

—Pues... —farfullé—. ¿Solo puedo pedir uno?

Madame Aurora se encogió de hombros.

—Puedes pedir todos los que quieras a veinticinco dólares cada uno.

Y, como es bien sabido, lo propio era no pedir más de uno.

Intenté de nuevo atraer la mirada de Maggie y de nuevo apartó obstinadamente la vista. Cerré los ojos y procuré concentrarme.

¿Qué era lo que quería por encima de todo? ¿Que mi hija Diana volviera de África? Desde luego que sí, pero en cualquier

caso estaba previsto que viniese a casa este mes, así que ese deseo parecía absurdo.

¿Encontrar trabajo? Por supuesto. Había estado tan decidida a ganarme el pan cuando mi marido se fue que acordé la titularidad exclusiva de nuestra casa en vez de una pensión alimenticia a largo plazo. Luego me pasé medio año humillándome en entrevistas en editoriales. Al parecer, nadie quería contratar a una mujer de cuarenta y cuatro años que había formado parte de la población activa exactamente cuatro meses antes de convertirse en madre a tiempo completo. Intenté decirles que había dedicado los últimos veinte años a leer todo lo que caía en mis manos, y que sabía mejor que nadie lo que querían leer las mujeres acomodadas de clase media de los clubs de lectura; mujeres exactamente iguales que yo, que constituían el principal segmento de consumidoras de novela.

Pero a nadie le importó mi experiencia en las trincheras literarias. Lo único que por lo visto veían era un ama de casa de mediana edad licenciada en lengua y literatura inglesas y con un currículum inflado con «empleos» tales como copresidenta de la feria del libro de la escuela de primaria de mi hija. No estaba cualificada para un cargo de editora y, aunque en todo momento les dejé claro que estaría encantada de empezar como ayudante, no me tuvieron en cuenta para los puestos más bajos. Nadie me lo dijo en estos términos, pero me consideraban demasiado mayor.

—Me gustaría ser más joven —pedí.

A juzgar por las caras de madame Aurora y Maggie, debí de decirlo alzando la voz.

La madame se echó a reír.

—¿*Pa'* qué quieres ser más joven? —preguntó—. Todos esos quebraderos de cabeza de con quién me voy a casar, qué voy a hacer con mi vida... ¡Es absurdo!

Maggie intervino.

—¿Qué estás diciendo, que quieres volver a toda esa incertidumbre? ¿Ahora que por fin tienes la oportunidad de rehacer tu vida?

No me podía creer que se aliaran contra mí.

—Es solo que si fuese más joven podría cambiar un poco ciertas cosas —intenté explicar—. Pensar más en lo que yo quiero, tomarme más en serio mi carrera...

Pero Maggie ya estaba sacudiendo la cabeza.

—Eres quien eres, Alice —declaró—. Te conocí cuando tenías seis años y ya entonces dabas siempre prioridad a todos los demás. Antes de salir a jugar tenías que comprobar si tus peluches estaban cómodos. Cuando íbamos a noveno curso, en secundaria, y a los demás les obsesionaba ser guays, eras tú la que se ofrecía a empujar a esa niña paralítica en silla de ruedas. Y al tener a Diana, ella fue siempre tu prioridad por encima de todo.

Debía reconocer que tenía razón. Puede que dejara mi empleo en Gentility Press porque me vi obligada a hacerlo cuando empecé a sangrar y por poco perdí al bebé. Pero al nacer Diana me quedé en casa porque quise. Y luego, conforme crecía, seguía diciéndome que no podía volver a trabajar porque a lo mejor ese sería el año en que al fin volvería a quedarme embarazada, pero lo cierto era que no necesitaba más centro de atención en mi vida que la propia Diana.

¿Y ahora quería borrar eso? ¿Ahora deseaba poder retroceder y meter a Diana en la guardería, convertirme en madre trabajadora o incluso no tenerla siquiera a ella?

Esa mera idea bastó para que un tremendo escalofrío me recorriera la espalda, como si hasta la sombra de la idea pudiese traer mala suerte a mi hija, mi maternidad, lo más importante de mi vida. Sería incapaz de desear que no hubiese nacido, que desapareciera ni uno solo de los momentos que había pasado con ella.

Pero ¿y yo? ¿Haber dedicado todos esos años a mi hija me impedía para siempre reclamar una vida propia? La verdadera razón por la que deseaba haber sido distinta en aquel entonces era para poder ser distinta ahora: más audaz, más atrevida, capaz de agarrar el mundo por los cuernos y doblárselos a mi antojo.

—Bueno..., ¿qué será? —preguntó madame Aurora.

—Quiero ser más valiente —contesté—. Y si además pudiera hacer algo con mi celulitis...

Maggie puso los ojos en blanco y se levantó de un salto.

—Esto es ridículo —comentó mientras me sujetaba del brazo—. Venga, Alice. Nos vamos.

—Pero mi deseo no se ha cumplido —protesté.

—Ni yo tengo mi dinero —protestó madame Aurora.

—Una pena —repuso Maggie—. Nos largamos de aquí.

Ahora Maggie andaba realmente rápido. Intenté pedirle que amiorara el paso, pero, en lugar de escuchar, siguió adelante esperando que yo la siguiese. Al final frené en seco, con lo que tuvo que volver sobre sus pasos y hablar conmigo.

—Dame tus botas —le dije.

Parecía desconcertada.

—Si pretendes que camine tanto y tan deprisa, vamos a tener que intercambiarnos los zapatos.

Maggie bajó los ojos hacia mis pies y se echó a reír.

—Necesitas más ayuda de la que me pensaba —replicó.

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo verás.

Ya estaba desatándose las botas verdes.

—¿Dónde vamos?

Siempre me había fiado de Maggie para que me hiciese de cicerone en Nueva York, y la seguía sin hacer preguntas, como una niña pequeña, donde sea que quisiera llevarme. Esta noche, por ejemplo, tenía entendido que íbamos a un nuevo restaurante de moda, pero, ahora que disponía de unos segundos para echar un vistazo a los edificios bajos de ladrillo y el barrio absolutamente desangelado mientras me ponía sus botas, estaba empezando a dudar.

—Vamos a mi casa —contestó.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Incluso con tacones caminaba más deprisa que yo, pero por lo menos ya no me dolían los pies. Y en cuanto pasamos la tierra de nadie que aún separaba Little Italy del barrio de Maggie, empecé a relajarme. Las calles que colindaban con la manzana donde estaba su *loft* solían ser aterradoras, pero en los últimos años habían mejorado considerablemente. Esta noche las calles estaban abarrotadas de gente y todos los restaurantes y bares de moda estaban a rebosar. Me parecían todos estupendos (me di cuenta de que estaba muerta de hambre), pero a Maggie no había quien la disuadiera.

—Saldremos después —anunció.

—¿Después de qué?

Sonrió misteriosamente y repitió la frase que estaba convirtiéndose en su mantra:

—Ya lo verás.

Había que subir cinco tramos de escaleras hasta su *loft*, cosa que normalmente me intimidaba, pero ahora los subí como si nada gracias a todas las horas de bicicleta elíptica que había hecho este año. Después de toda una vida de teleadicta consagrada había empezado a hacer ejercicio porque, en mi último año de episodios horribles, era lo único que se me había ocurrido con garantías de hacerme sentir bien. Y después de toda una vida de dietas había descubierto que los kilos se esfumaban sin hacer absolutamente nada; nada, claro está, salvo una o dos horas de ejercicio al día. Incluso había experimentado, en un par de ocasiones quizás, esa sensación de euforia que presuntamente tienes cuando haces ejercicio, aunque seguía prefiriendo un cóctel Cosmopolitan.

Como venía de un barrio residencial de las afueras, donde los elementos decorativos de la marca Pottery Barn eran considerados el último grito en decoración de salones, el *loft* de Maggie siempre me impactaba. Era básicamente una estancia gigantesca que ocupaba toda la planta superior del edificio, con ventanas a

los cuatro lados y una tienda de campaña de seda rojo fuerte plantada en el centro de los doscientos setenta metros cuadrados de espacio diáfano. Aparte del armario, los únicos muebles eran una enorme cama de hierro, también rojo fuerte, y un recargado diván de terciopelo morado que constituía el único mueble donde sentarse del lugar, a menos que contaras el suelo de madera con salpicaduras de pintura. Cosa que yo no hacía.

—Muy bien —dijo Maggie nada más echar el triple cerrojo de la puerta al entrar—. Deja que te eche un vistazo.

Pero yo estaba demasiado distraída con los cambios en el *loft* como para quedarme quieta. Todas sus esculturas, todas sus mujeres de tela metálica de más de dos metros y medio, con sus pechos de talla 140 ZZ y sus faldas de ballet generosas y esponjosas como cerezos en flor, habían sido desplazadas a un rincón, donde se mezclaban como los reclusos de una cárcel para obras de arte. Ahora, ocupando el lugar central de la zona de trabajo de Maggie, había un bloque de cemento del tamaño de una nevera.

—¿Qué diablos es eso? —pregunté.

—Algo nuevo que estoy probando —respondió como si tal cosa—. Venga, sácate el abrigo que quiero ver lo que te has puesto.

Ahora por fin pude concentrarme. Que Maggie quisiera inspeccionar mi atuendo nunca era una buena idea. Desde que aprendimos a vestirnos solas siempre estaba intentando cambiar mi imagen y yo siempre me resistía. Que no se me malinterprete: a mí su estilo me parecía fantástico, pero fantástico para ella, no para mí. Su pelo se había vuelto blanco cuando aún tenía veintipico y cada año parecía un poco más corto y revuelto, irguiéndose en mechones por toda la cabeza. A medida que su pelo se masculinizaba sus pendientes se volvían más femeninos y trabajados y variados. La atracción destacable de esta noche eran unos pendientes en forma de candelabro con piedras verdes. Maggie, cuyo cuerpo seguía siendo esbelto y aparentemente flexible como el de una adolescente, seguramente tenía también alma de francesa. Tenía el don de ponerse una curiosa selección de prendas (esta no-

che tocaban unos tejanos descoloridos que tenía desde el instituto con una blusa clásica de seda de color crema y ribeteada de encaje, y una larga bufanda verde grisácea alrededor del cuello) que siempre conseguía darle un aspecto perfecto envidiable.

Se puso a dar vueltas a mi alrededor, frotándose la barbilla y meneando la cabeza. Finalmente alargó el brazo y pellizcó con los dedos el jersey beige extragrande que llevaba.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó.

—Era de Gary —confesé. Una de las muchas prendas de ropa que se dejó cuando me abandonó hacía exactamente un año por su higienista dental. Prendas que conservé porque durante mucho tiempo supuse que volvería. Y que todavía conservaba porque, como mínimo durante los próximos meses, seguiría pagando la hipoteca de la casa en la que convivíamos su ropa y yo.

—Es un pingajo —declaró—. ¿Y esa falda?

De la elección de la falda estaba bastante satisfecha, de hecho. Del mismo beis que el jersey, iba ceñida a la cadera y llegaba por la rodilla, y era considerablemente más sexy que los pantalones de estilo deportivo y de chándal por los que me había decantado las últimas dos décadas.

—Era de Diana —declaré con orgullo—. No me podía creer que me quedase bien.

—¡Pues claro que te queda bien! —exclamó Maggie—. ¡Estás hecha un palillo! Ven aquí.

Me obligó a girar e intentó hacerme andar.

—¿Dónde me llevas?

—Quiero que te veas.

Me llevó a través del *loft* hasta que nos plantamos delante de un espejo ovalado de marco dorado con arabescos, como aquel con el que habla la madrastra malvada de *Blancanieves*.

—Espejito, espejito mágico... —dije riéndome, intentando que Maggie se uniese a la broma, pero se limitó a mirarme impasible por encima de mi hombro, negándose incluso a esbozar una sonrisa.

—Esto es serio —comentó, señalando hacia el espejo con el mentón—. Dime qué ves.

Hacía mucho que no me miraba en un espejo con entusiasmo. En ocasiones, sobre todo cuando Diana era pequeña, me había pasado días sin ver mi reflejo. Y luego, con el paso de los años, conforme fui engordando y empezaron a salirme canas y a aparecer arrugas alrededor de los ojos, descubrí que era más feliz si no me miraba. En mi mente era siempre una adulta de edad neutra (treinta y pico) y peso adecuado, pero neutro (sesenta y pico kilos), y mi aspecto era pasable, ni llamativo ni sexy ni notable en modo alguno. Siempre me chocaba ver de refilón mi reflejo en un escaparate o la puerta de un coche, porque me forzaba a ver que era bastante más mayor y estaba bastante más gorda de lo que me creía.

Pero ahora, obligada a enfrentarme con mi imagen, a contemplarla con verdadero detenimiento por primera vez en el año en que mi vida se había vuelto completamente patas arriba, tuve la reacción contraria. Levanté el mentón y ladeé la cabeza; sin pensarlo, erguí la espalda y sonreí.

—Así me gusta —aseveró Maggie. Recogió el dorso de mi holgado jersey con las manos, con lo que la tela se ciñó sobre mi cuerpo recién torneado—. ¿Qué ves?

—Veo... —aventuré intentando encontrar el modo de expresarlo. Ahí estaba yo, devolviendo la mirada desde el espejo, pero era una versión de mí misma previa a mi hija, previa a mi marido, previa a todos los años que me habían nublado la vista—. Me veo a mí —dije al fin, sin convicción.

—¡Eso es! —exclamó Maggie—. ¡Eres tú! La Alice que he conocido y querido todos estos años, que estaba quedando sepultada bajo una capa de grasa e infelicidad.

—No era infeliz.

Fruncí las cejas.

—¡Venga ya! —repuso Maggie—. ¿Cómo no ibas a serlo? Tu marido nunca estaba, tu hija se hacía mayor y se iba a marchar de

casa, tu madre se estaba consumiendo, no tenías absolutamente nada que hacer...

Aquello dolió.

—Tenía que ocuparme de la casa. Y cuidar de mi madre. Y que Diana fuese teóricamente adulta y se marchase a la universidad no quería decir que ya no me necesitara.

—Lo sé —Maggie aflojó—. No era mi intención despreciar todo lo que hiciste. Lo que quiero que entiendas es que ahora pareces mucho más delgada. Mucho más joven.

—¿Más joven? —repuse, concentrándome de nuevo en mi reflejo.

—En parte es porque has adelgazado —comentó pensativa mientras miraba fijamente mi imagen en el espejo—, pero hay algo más también, cierto peso que pareces haberte quitado de encima. Además, siempre has parecido mucho más joven de lo que eras. ¿O no recuerdas que en el último año de cole eras la única que aún entraba en el cine con tarifa reducida? E incluso a los treinta y pico, muchos después de tener a Diana, en los bares aún te pedían un documento de identidad.

—No creo que ahora me lo pidieran.

—A lo mejor no, pero podrías aparentar muchos menos años de los que tienes. Muchos menos de los que ya aparentas.

—¿A qué te refieres?

—A que con un poco de color en el pelo, un poco de maquillaje y ropa que te favorezca, ¡aún podrías aparentar veintipico, por el amor de Dios! —estalló Maggie—. Por eso te he sacado a rastras de ese dichoso local de vudú. Somos las únicas que tenemos el poder de hacer realidad nuestros sueños.

Le dediqué una sonrisa a Maggie. Normalmente era ella la primera en ridiculizar lo que llamaba «chorradas del poder del pensamiento positivo». Era yo la que pedía deseos a las estrellas y cuando soplaban las velas de cumpleaños, la que creía, como decía Cenicienta en la película de Disney, que había visto por lo menos doscientas veces con Diana acurrucada a mi lado, que «si sueñas

algo más de una vez seguro que se hará realidad». Pero ahora, en lugar de devolverme la sonrisa, Maggie se limitó a mirarme fijamente con absoluta convicción.

—O sea que crees —dije al fin— que tengo el poder de rejuvenecer y que basta con que desee que así sea.

—No basta con desearlo. Necesitaremos que lady Clairol y sus tintes nos ayuden un poco. ¡Manos a la obra!

Mientras yo estaba en el diván morado, saboreando una porción de pizza que haría las veces de cena, con una bolsa de basura cubriendo el mejunje químico que llevaba en el pelo, Maggie me habló de su sueño: quería tener un hijo.

—Me tomas el pelo —protesté, procurando no quedarme literalmente boquiabierta.

Parecía ofendida. Tan ofendida que quedó claro que esto no iba en broma. Pero es que la conocía desde que tenía memoria y jamás le atrajeron lo más mínimo los niños ni la maternidad. Mientras yo acunaba a mis muñecas y arropaba a mis peluches, Maggie probaba una nueva técnica de pintura con los dedos agachada en el suelo. Mientras yo cuidaba niños encantada para ganarme un dinero extra, ella segaba jardines, ayudaba a la gente a hacer limpieza en sus buhardillas... Lo que fuera con tal de no tener que ayudar a cuidar de sus siete hermanos menores. Siempre decía que de pequeña había cambiado todos los pañales que tenía que cambiar en esta vida.

Y hete aquí que a los cuarenta y cuatro cambiaba repentinamente de idea.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No ha pasado nada. Supongo que al final he decidido que ya está bien de ser una niña. Ya estoy preparada para madurar y ser madre.

—Pero un bebé... —dije. Como vivía en una zona residencial, estaba constantemente en contacto con madres y bebés: los niños

de la casa de atrás, que gritaban día y noche; las madres jóvenes que en el supermercado se las veían y deseaban para retener a sus inquietos bebés, que ya andaban, en los carritos. Después de desear y soñar durante años con otro bebé, de mirar a las embarazadas y a las madres de bebés con un grado de envidia y anhelo que podía literalmente hacerme retorcer de dolor, por fin había pasado a otra etapa en la que los bebés, igual que los cachorros de tigre o los oseznos, me parecían adorables pero aterradores, y era preferible verlos de lejos. A través de un cristal.

Procuré hallar el modo de transmitirle a Maggie mis dudas sin decirle a las claras que creía que tener un bebé a esta edad, después de ser independiente desde que era adulta, era la peor idea que había tenido desde que se afeitó la cabeza.

Le cogí la mano, áspera como la de un carpintero tras pasarse años retorciendo alambre para crear redondeces.

—Verás... —dije con la voz más suave de que fui capaz—, tener un bebé da mucho trabajo, sobre todo si lo tienes sola. Levantarte de madrugada, subir y bajar el cochecito por las escaleras, los pañales, los lloros...

—Crecí rodeada de eso, ¿recuerdas? —me soltó Maggie al tiempo que retiraba la mano.

—¡Claro! —contesté—. Pero entonces ayudabas a tu madre; no dependía todo de ti. Vives en un barrio en el que casi nadie tiene hijos, ninguno de tus amigos tiene hijos. Tu vida no está montada para eso. Y no se trata solo de tener un bebé y ya está...; luego viene la búsqueda de guardería, el pago de matrículas, la adolescencia. Cuando tu hijo vaya a la universidad, tú estarías cobrando de la Seguridad Social.

—Es eso, ¿no? —repuso Maggie con frialdad—. Me consideras demasiado mayor.

—¡Es que lo eres! —estallé—. Las dos somos demasiado mayores.

—Pensé que entenderías mejor que nadie mi deseo de tener un hijo —me espetó, conteniendo las lágrimas—, después de lo

que te costó tener a Diana, después de todos los años que estuviste intentando tener otro bebé.

Me calmé al recordar lo intenso que había sido mi propio anhelo. Pero también recordaba hasta qué punto un bebé, incluso cuando intentas concebir, podía acaparar tu vida; lo agotadora que podía llegar a ser la maternidad aun con veinte años menos de los que teníamos Maggie y yo.

—Lo entiendo —concedí mientras trataba de cogerle de nuevo de la mano—, pero en la vida a veces llega un momento en que hay que renunciar a algo, si es demasiado tarde.

Sabía que eso era duro, como diría Diana, pero nada menos que en cuarto curso Maggie y yo juramos decirnos siempre la Más Pura Verdad (la MPV), aunque supiéramos que la otra no quería oírla. Cuando me casé con Gary a los cuatro meses de conocernos en la acera de enfrente del Buckingham Palace el día en que lady Di se casaba con el príncipe Carlos, me dijo que era una locura casarme tan joven. Luego, cuando a los pocos meses me quedé embarazada, igual que la auténtica lady Di, Maggie no ocultó su horror, especialmente cuando me obligaron a dejar el trabajo.

Aunque ella siempre había adorado a mi hija, lo había hecho de lejos, enviándole desde París vestidos de escandalosos volantes y llevándola, una vez al año, a galerías de arte y a algún restaurante tremendamente inapropiado, donde se le ponían los pelos de punta si Diana se atragantaba con la anguila. Y desde el día en que salí del hospital y me llevé a mi hija a casa, me había estado preguntando cuándo pensaba volver a trabajar.

Ahora me miró fijamente con una mirada que conocía de sobra. Era la mirada que lanzaba cuando iba a decir algo que sabía que no me iba a gustar.

—¿Te refieres a que es demasiado tarde para que tú vuelvas al mundo editorial? —preguntó—. ¿Demasiado tarde para hacer carrera?

Ahora era yo la que procuraba no llorar. Y le tocó a Maggie apretarme el brazo.

—Pues la verdad es que no lo creo —continuó—. No creo que sea demasiado tarde para tí. Eso es lo que quería decir. Que no somos un par de ancianas que tengamos que recoger nuestros bártulos e irnos a una residencia de ancianos arrastrando los pies. Aún tenemos tiempo de sobra. Volvamos a lo nuestro.

Maggie no me dejó volver a mirarme en el espejo hasta que hubo acabado. Me lavó el pelo y lo secó con secador, se pasó una eternidad recomponiéndome con su brocha, y me embutió en un conjunto de ropa interior muy extremada y unos tejanos pitillo con cremallera. Fue como volver a la adolescencia; intercambiándonos ropa y maquillándonos la una a la otra.

—¿Cómo es que tienes todos estos cachivaches de chica? —le pregunté.

—Soy lesbiana —contestó—, no un hombre. —Me roció el cuello con un poco de perfume y me observó—. Muy bien —declaró asintiendo con decisión—. Creo que estás lista.

Otra vez me condujo a través del *loft* hasta el espejo. Juro que a primera vista no me reconocí. De hecho, me giré para mirar a mis espaldas, pensando que a lo mejor había entrado alguien más en la estancia sin que yo me hubiera dado cuenta.

Alguien rubio. Alguien sexy; y muy, muy joven.

—No me lo puedo creer —dije parpadeando con incredulidad.

Maggie sonrió.

—¡Yo te pondría veintidós! —exclamó ufana.

No podía dejar de mirar. En esencia, Maggie me había concedido mi deseo; mi deseo no solo de ser más joven, sino de retroceder en el tiempo y reinventarme a mí misma. La mujer del espejo se parecía a mí, más o menos, pero era una versión diferente de mi persona que nunca había existido en la vida real. A mis verdaderos veintidós años, yo estaba acabando mi tesis sobre Jane Austen y las Brontë en la Universidad Mount Holyoke, con el pelo reco-

gido en una coleta, el cuerpo envuelto en un chándal grande y holgado, y las gafas de cristal grueso resbalando constantemente por mi nariz sin empolvar. A mis verdaderos veinticuatro años, era madre de un bebé que daba sus primeros pasos, todavía llevaba la cola de caballo y las gafas y el chándal, solo que entonces este era aún más grande y olía ligeramente a leche agria. A los veintiocho a veces hacía un gran esfuerzo y me enfundaba unos *leggings* y un voluminoso jersey para encargarme de la venta de pasteles de la guardería.

Pero desde luego nunca me había visto así: musculosa y rubia, con los labios pintados y luciendo escote, y con aspecto elegante y un tanto licencioso.

—¿Quién es? —susurré.

Pero Maggie, que estaba ocupada comprobando la hora, no me oyó.

—Es casi medianoche. Hora de sacar de paseo a tu nuevo yo para ponerlo a prueba.